

galán de ayer ascendía hoy a *Doctor iluminado*, a magno inventor. En efecto, sorprendí la adquisición de los conocimientos de Raimundo, si consideramos que apenas hay en su vida período sedentario en que pudiese consagrarse a reunirlos. Antes de su conversión, aborrecía las letras. Después, le encontramos recorriendo el mundo, persiguiendo, aventurero filósofo, su ideal. Cuarenta años peregrinó sin tregua. En uno de sus viajes, una excursión a París, para conseguir de Felipe el Hermoso la fundación de un colegio de lenguas semíticas, asistió en la Sorbona a la cátedra de Escoto y oyó atento, ya inclinando en señal de aprobación la cabeza, ya torciendo el rostro como quien disiente. El joven profesor reparó en los ademanes de aquel hombre, pobre en el traje, inteligente y noble en la fisonomía de ardientes ojos y cana cabellera. Terminada la lección, bajó de la cátedra; y llegándose al extranjero, preguntóle:—*Domine, quæ pars?*—Y Raimundo contestó, jugando del vocablo, con una definición de Dios:—*Dominus non est pars, sed totum simplicissimum ab omni partium compositione alienum.*—Escoto vió que se la había con un maestro, y empezó a departir con él; así entró Raimundo en el aula parisiense. Pero no era la ciencia el principal objeto de la peregrinación del Doctor iluminado: sus planes más vastos se referían al Oriente y a aquella tierra de Africa, colocada ante las costas de España como amenazador centinela, como desenvainado alfanje. El fracaso militar de las Cruzadas inspiraba a Raimundo Lulio un pensamiento nuevo, la cruzada intelectual, la conversión total del Oriente. Así es que no cesó de excitar al Papa, a los príncipes cristianos, a las repúblicas de Italia, a que conquistasen las naciones sarracenas, no tanto con las armas, cuanto con la doctrina. En sus excursiones iba juntando limosnas, que remitía al Papa a fin de que allegase tropas y medios de em-

prender la cruzada. Fué a Roma exclusivamente para lograr de Nicolás III que enviase a Tartaria tres misioneros franciscanos; de Honorio IV obtuvo la creación de un colegio de lenguas orientales; de Jaime II consiguió lo mismo: el colegio se estableció en Miramar, y los Menores, instruídos allí, salían a convertir sarracenos. Raimundo aspiraba a apoderarse del Oriente con la posesión de sus idiomas, con la superioridad científica del Occidente: no es mucho que le encendiese en cólera ver que un doctor sarraceno y español, Averroes, iba infiltrando en las aulas cristianas gérmenes sensualistas y materialistas. Otra cruzada contra Averroes; por dondequiera que pasa Raimundo Lulio, denuncia y refuta al comentador cordobés. En Bona disputa con cincuenta doctores árabes, averroístas, y el populacho le escarnece, golpea y tira de las barbas, acabando por cerrarle con un candado la boca; en Chipre pelea con los cismáticos griegos y los obispos secuaces de Nestorio, con no menor valentía. Lo que parece increíble es que Raimundo, buscando por espacio de cuarenta y cinco años el martirio en Africa, en Siria, en Palestina, en Egipto, tardase tanto en encontrarlo.

Ya sabemos el mal tratamiento de Bona: en Túnez fué públicamente azotado; sufrió peligros sin número, naufragios, enfermedades, arrojándole de Bujía por loco; y vuelto otra vez a predicar la fe, consiguió al cabo que, sacándole de la ciudad a empellones, le apedreasen. Tal es el vigor de su constitución, que cuando a la noche dos mercaderes genoveses van al lugar del suplicio a recoger piadosamente sus reliquias, hallan al octogenario anciano sepultado bajo túmulo de piedras, nadando en un charco de sangre, pero vivo aún, y pueden transportarle a su galera, y llevarle a Mallorca para que exhale el espíritu ante las costas de la patria. Los franciscanos reclamaron para su iglesia el cuerpo del mártir, que vestía desde

el tiempo de su conversión hábito de la Orden Tercera; diéronle culto las Baleares, y la isla se pobló de imágenes del bienaventurado Raimundo (46).

Caballero andante de una idea, Lulio enseñó a su país, marcó con su sangre el camino por donde debiera extender su dominación e influjo, la ruta de Africa: el Quijote místico, el poeta visionario de Mallorca, nos dió lecciones de alta política, que por nuestro mal no hemos aprovechado: culpa cuyo reato pagamos ya, y pagaremos con creces, andando el tiempo (47). La inteligencia no aparece inferior a la acción en el filósofo insigne que, con Rogerio Bacón, abre el tercer período de la escolástica. Cuando ésta cayó en descrédito, se dijo comúnmente que así como Alberto el Grande quiso construir una máquina de andar y hablar, Raimundo Lulio ideó una de pensar (48); por donde el insigne mallorquín fué contado entre los fautores de la decadencia, y su *Arte Magna* acusada de reducir el entendimiento a un mecanismo: tratábase no más que de aplicar a cualquier materia ciertos predicados, que Lulio reunía por clases, marcadas cada una con su letra del alfabeto; disponíalos después en círculos concéntricos, de suerte que cada letra significase un atributo: así se formaba complicado artificio de predicados relativos y absolutos, pregunta y respuestas, accidentales, proposiciones y modalidades, todo entretejido como metafísica telaraña, dispuesto en casillas y triángulos: con imprimir movimiento de rotación a algunos círculos de la figura, resolvía Lulio cuanta cuestión se ofreciese, y el espíritu actuaba con la precisión fatal propia de la materia. Apenas hubo quien reconociese que la máquina pensante indicaba una tentativa fecunda, la reducción de toda idea a ciertas ideas madres (49), categorías que, reproducidas en el orden total de las cosas, ofrecen en su combinación imagen del sistema del universo, ni quien saludase en el aparato luliano

la aspiración de toda mente elevada: la síntesis, la ciencia concebida, no en sus partes, pero en su indivisible unidad (50). Mas hoy—diremos con un ilustre autor (51)—comienza a entenderse que era ligereza científica despreciar al Doctor iluminado y tratar de *Arte deceptoria* su *Arte magna*. Trabajos de muchos y muy eruditos escritores patentizaron, no solamente el valor del sistema filosófico de Raimundo, sino de sus obras literarias. Y así como brilla su fama de pensador, de enciclopedista, de novelista, resplandece su ortodoxia, puesta también en duda por manejos de implacables émulos.

Obtuvo la doctrina de Lulio, enseñada por él mismo en Mompeller y Paris, cátedras especiales en las Universidades de Mallorca, Barcelona y Valencia, y fué profesada en el reino de Aragón; el general de los franciscanos, Gaufrédo, ordenó a sus frailes concediesen al maestro Raimundo lugar oportuno donde aplicar su método: cuarenta profesores de París firmaron un diploma, en el cual, examinado el sistema luliano, lo declaraban bueno, útil, necesario, en nada repugnante a la fe, antes muy conducente a confirmarla; en el siglo XV, el lulismo florece y domina en España; cuenta en sus filas a Raimundo de Sabunde; espéranle expositores y comentadores como Jordano Bruno, Cornelio Agripa, Pedro Ciruelo, Leibnicio; protectores como Cisneros y Felipe II. Al par tuvo encarnizados enemigos, que llegaron hasta fingir una Bula condenatoria de las doctrinas de Lulio. Otra imputación le fué dirigida, la de alquimista supersticioso, que desmienten diversos pasajes de sus obras: en el *Arbor scientiæ* se ríe de los que trabajan vanamente queriendo convertir el azogue en plata sólida; en el de *Principiis Medicinæ* moteja con donaire a los dementes alquimistas, enloquecidos por su príncipe Mercurio, y soñando oro con las bolsas vacías y las capas rotas. La acusación de alquimista

se explica, no obstante: como Rogerio Bacón, como Escoto, Raimundo pertenece a la época en que los doctores escolásticos se sentían atraídos y solicitados por el estudio y observación de la naturaleza.

Llegaron a atribuirse a Lulio hasta cuatro mil tratados: en realidad no escribió menos de quinientos libros, ya en latín, ya en romance catalán, que constituyen verdadera enciclopedia: hay los de didáctica simbólica, como el *Arbor scientiæ*; de mística, como el *Liber contemplationis*; de teología racional, como el *De Articulis fidei*; de polémica filosófica, como la *Lamentatio* contra los averroístas; novelesco-prácticos, como el *Blanquerna*, el *Orden de la Caballería*, el *Libre de Maravelles*: amén de muchas poesías líricas y morales, y tratados de lógica, retórica, medicina, metafísica, derecho y matemáticas (52). Dos notas se advierten en la doctrina de Lulio: es armónica y es popular: porque el ánimo vehemente y generosa del Doctor iluminado toda se vuelve acción, toda se deshace por comunicarse, no ya a su patria, sino al mundo entero; cuando no halla otro medio de convencer, recurre a la poesía, a la predicación, a los viajes: propagandista incansable, escribe en verso vulgar altas verdades teológicas, las pruebas de la Encarnación y de la Trinidad. Su anhelo era demostrar racionalmente los dogmas de la fe, a fin de que por los senderos de la razón fuesen conquistados los infieles, que yacían en tinieblas: a propósito de lo cual, dice en el *Desconort*:—"Si el hombre no pudiese sincerar su fe, ¿podría culpar Dios a los cristianos si no la mostrasen a los infieles? Los infieles se podrían quejar justamente de Dios, porque no permitía que la mayor verdad fuese probada".—Y corrigiendo lo atrevido en esta teoría, añade:—"De que nuestra fe se pueda probar, no se sigue que la cosa probada contenga ni abarque al ente increado, sino que entiende de él aquello que le es concedido".

—Al propio empeño de hacer a todos accesibles las verdades supremas, debe atribuirse la invención gráfica y simbólica del arte combinatorio, donde aplicando el principio realista de Escoto, que las ideas tienen dobles ejemplares en la naturaleza y el espíritu, una realidad ontológica y otra subjetiva, quiso representarlas por determinado número de fórmulas y que de la combinación de éstas resultase el conjunto de las verdades complejas. Respecto de la verdadera concepción filosófica y original de Raimundo, el armonioso, reproduciremos un pasaje del claro autor antes citado (53):—"Engarza con hilo de oro el mundo de la materia al del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo a reducir las discordias y resolver las antinomias, para que reducida a unidad la muchedumbre de las diferencias (como dijo el más elegante de los lulianos), venza y triunfe y ponga su silla, no como unidad pan-teística, sino como última razón de todo, aquella generación infinita, aquella aspiración cumplida, eterna e infinitamente pasiva y activa a la vez, en quien la esencia y existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza".

Del breve estudio que a la escolástica consagramos, resultan dos convicciones: la de su variedad, fertilidad y riqueza; la de su influjo en el vigor del pensamiento occidental. El carácter lógico de la raza europea, la índole analítica de nuestros idiomas, se deben en gran parte a la educación fortalecedora de la escuela. Mas no limitemos a sistema de pedagogía la varonil filosofía que alcanzó en el siglo XIII su apogeo. Hoy, que el ariete de la crítica arruina los frágiles monumentos de los sistemas alemanes, el espíritu escolástico se alza otra vez, y sacudiendo el rancio polvo del aula y adoptando formas más compatibles con la edad moderna, se impone y afirma el imperecedero papel que a la filosofía metódica co-

rresponde en la historia del entendimiento humano: porque el nombre de escolástica no significa, en su acepción genérica, las teorías de este o de aquel maestro, sino un método riguroso y lógico, una manera especial y ajustada de raciocinar. Señaladamente el movimiento intelectual católico tiende a la resurrección de la filosofía de la Edad Media. La voz de mayor autoridad en el mundo cristiano, la de León XIII en la Encíclica *Aeterni Patris*, dió impulso a la reacción escolástica, que tan fecunda puede ser si no se concreta exclusivamente a estudiar a un solo Maestro de las aulas, grande, insigne sin duda, mas no el único: Santo Tomás.

No se llega por el camino del exclusivismo a la unidad, antes a la pobreza: si al resplandeciente arco iris de la escolástica lo despojamos de algún color, menoscabaremos su hermosura. Guardémonos de proscribir a ninguno de los grandes pensadores que erigieron la pirámide gloriosa de la filosofía cristiana: no mutilemos la catedral de la Edad Media quitándole sus pilares—San Buenaventura, Lulio, Escoto, Ockam, Bacón; misticismo, armonismo, metafísica de la voluntad, nominalismo, método experimental;—que todo ello, encerrado en los límites que señala la fe, es fruto de un árbol santo, esmalte de la ciencia ortodoxa, patrimonio de Cristo, usufructo de la Iglesia. Si uno de los más distinguidos promotores de la reacción neo-tomista en nuestro país (54), al establecer con lucidez la distinción entre la filosofía esencialmente cristiana y la que lo es accidentalmente reconoce que, desde la venida del Redentor, aun en las obras de panteístas, materialistas y positivistas están saturadas de la influencia del Cristianismo, ¡cuánto más ancho horizonte podrá hallar el pensamiento cristiano en las de esclarecidos genios que escribieron con aplauso de la Iglesia, y cuyas doctrinas profesaron millares de católicos en las épo-

cas de mayor esplendor y prosperidad del Catolicismo!

No vayamos más allá que los escolásticos, quienes, con Santo Tomás a la cabeza, beneficiaron la herencia del pasado, acogieron presurosos la filosofía pagana; no vayamos más allá que el siglo XIII, que siguió a Maestros muy diversos en opiniones; no vayamos más allá que la Iglesia, que reunió en los altares a esos Maestros.

Ni reneguemos del ayer ni del mañana: el tronco que produjo Agustines y Tomases no habrá perdido para siempre su savia generadora; la filosofía y la teología, senos que nutrieron la inteligencia, no se habrán agotado y secado sin esperanza de que vuelvan a manar jamás gota de leche. Triste fuera decirlo; mil veces más triste creerlo. Disculpa el genio del Angel de las Escuelas la predilección que hoy se le otorga: no fuera bastante a disculpar la mano atrevida que en su nombre quisiese extinguir la luz de algún otro astro del firmamento católico. Si sustancialmente los grandes escolásticos quieren lo mismo; si una es la verdad, diversos los modos de buscarla, concebirla y expresarla: diversos, no adversos: unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso. La imparcialidad de un entendimiento escaso, mas no cautivo de ningún maestro ni sistema, nos valga al decir: puesto al sol, lugar en el campo católico para toda filosofía ortodoxa.

## NOTAS

- (1) Fr. Ceferino González, *Historia de la filosofía*.
- (2) Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII siècle*.
- (3) Cousin, *Cours de l'histoire de la philosophie*.
- (4) No falta quien diga que el silogismo se encuentra ya en el sistema de filosofía india conocido por *niaya*, y que de un libro persa, el *Dabistán*, consta que Calistenes envió a Aristóteles obras sánscritas de donde pudo tomar el artificio silogístico. Pero Barthélemy Saint-Hilaire demuestra ser la lógica *niaya* grosera é inferior al silogismo en todo.
- (5) Fr. Ceferino González, *op. cit.*
- (6) Ozanam, *op. cit.*
- (7) Cousin, *op. cit.*
- (8) Rohrbacher, *Hist. de l'Église catholique.—La scolastique*.
- (9) Bossuet, *Défense de la tradition et des Saints Pères*.
- (10) Lo reconoce aún el racionalista Thibergien en su *Generación de los conocimientos humanos*. Se han publicado varios diccionarios de términos escolásticos, sumamente útiles, si bien creemos preferible el estudiarlos en

sus propias fuentes por medio de los índices de las obras de Santo Tomás, San Buenaventura, Escoto, Suárez, etc.

(11) Ni es sólo en las aulas, sino también entre la multitud, donde puede observarse la grande y a veces desordenada actividad intelectual de la Edad media. En Toscana existía numerosa secta pitagórica; los epicúreos eran lo bastante numerosos en Florencia para formar temible facción y ocasionar sangrientas colisiones; más tarde, el materialismo aparece como doctrina pública de los gibelinos. (Ozanam, *op. cit.*)—Véase el capítulo *La pobreza franciscana y las herejías comunistas*.

(12) *Ventura est enim tribulatio, quando libri ad nihilum utiles in fenestris et latebris projicientur. Nolo fratres meos cupidos esse scientiæ et librorum, sed volo, eos fundari super sanctam humilitatem... et dominam paupertatem.* (S. Franc. *Opúscula*.)

(13) *Nec tantum studeant, ut sciant qualiter debeant loqui, sed ut audita faciant, et cum fecerint alijs facienda proponant.* (S. Bonav.)

(14) Es cuestión debatidísima, y nunca satisfactoriamente resuelta, la del autor de la *Imitación*, así como del siglo en que fué escrito tan admirable libro. Hubo quien lo atribuyese a San Bernardo, que murió veintinueve años antes del nacimiento de San Francisco de Asís, mencionado en la *Imitación* expresamente. Con mayores visos de verdad fué adjudicado, ya al canónigo Tomás Kempis, ya a Juan Charlier, más conocido por Gerson, que tan importante papel desempeñó en el concilio de Constanza. El tercer candidato, y acaso el más autorizado, es el benedictino Juan Gersen de Cabanaco. De todas suertes, el problema está en pie, no sin que la crítica haya advertido en la *Imitación*, como en la *Iliada*, señales de haber sido compuesta por distintos autores. San Francisco de Sales soltaba la dificultad diciendo que el autor del libro era el Espíritu Santo.

(15) San Francisco había disuelto la primer escuela

franciscana, fundada en Bolonia por el ministro provincial Juan de Eustaquia, por haber sido instituida sin su anuencia, con gran lujo y con profesores seglares.

(16) Röth, *Geschichte unserer abendlandischer Philosophie*.

(17) Sin razón suficiente cuenta Thibergien, *op. cit.*, a Rogerio Bacón entre los nominalistas.

(18) A tal extremo llegó la preponderancia de los juristas, que Inocencio IV hubo de dar una Bula encaminada a favorecer el restablecimiento de los abandonados estudios filosóficos. "Circula, decía, un rumor funesto, que de boca en boca llegó hasta nuestros oídos, causándonos aflicción... Dícese que la multitud de los aspirantes al sacerdocio, abandonando y hasta repudiando los estudios filosóficos, y por consiguiente las enseñanzas de la teología, corre en masa a las escuelas donde se explican las leyes civiles..."—Y, refiriéndose a la preferencia otorgada a los juristas, añade:—"Los hijos de la filosofía, tan tiernamente acogidos en su seno, tan asiduamente nutridos de sus doctrinas, tan confirmados por su celo en los deberes de la vida, languidecen en miseria, sin poseer ni el pan de cada día, ni la vestidura de su desnudez, obligados a huir donde no les vean, buscando la sombra, como aves nocturnas, mientras los eclesiásticos, hechos guleyos, montados en soberbios caballos, vestidos de púrpura, cubiertos de seda, oro y pedrerías, reflejando en sus arreos los rayos del escandalizado sol, dan por todas partes el espectáculo de su orgullo, y se muestran, no como vicarios de Cristo, sino como herederos de Lucifer, provocando la cólera del pueblo, no sólo contra sí mismos, sino contra la sacra autoridad que indignamente representan... Queremos remediar este inusitado desorden, y que vuelvan las inteligencias al estudio de la teología, o al de la filosofía por lo menos, que, si no mueve a dulces piadosos sentimientos, descubre las primeras luces de la verdad eterna."—A renglón seguido dicta varias providencias, a fin de que no sea el estudio de las leyes único camino para obtener prebendas y dignidades eclesiásticas.

(19) Cree Fr. Pánfilo de Magliano (*Storia di San Francesco e de' Francescani*) que por adulterada tradición se atribuye a Alejandro de Hales esta anécdota, que Eccleston refiere de Adán de Oxford. Más autorizada es la versión de Harpsfeld, que piensa que Alejandro de Hales fué movido por el suceso de su compatriota Juan de San Gil, al cual, predicando en cierta ocasión al clero sobre el desprecio del mundo, para añadir el ejemplo a la palabra, descendió del púlpito, vistió el hábito de dominico, y subiendo otra vez a la cátedra terminó su sermón.

(20) *Respondit: exercere se in uno Doctore præcipue. Dum ultra perteretur: quis esset talis Doctor? Alexander, ait, de Ales.*

(21) Entre los muchos testimonios que Fr. Damián Cornejo (*Crónica de la religión de N. P. San Francisco*) aduce para probar que Santo Tomás fué discípulo de Alejandro de Hales, parece el más curioso la existencia de una pintura antiquísima, que se hallaba colocada sobre la puerta del Capítulo del Convento grande de S. Francisco en París, donde, entre muchos discípulos que estaban oyendo a Alejandro, aparecían Santo Tomás y San Buenaventura.

(22) He aquí los títulos de sus obras: *Summa virtutum*, escrita por mandato de Inocencio IV, y examinada y aprobada por setenta y dos Maestros de la Universidad de París y por Alejandro IV.—*Sobre los Salmos*.—*Sobre los Profetas Menores*.—*Sobre los libros de los Jueces, Josué, Reyes, Isaías, Jeremías, Daniel y Ezequiel*.—*Cuatro tomos sobre los Evangelios de S. Lucas y S. Marcos y Epístolas de S. Pablo*.—*Uno sobre el Apocalipsis*.—*Concordia del Antiguo y Nuevo Testamento*.—*Un tomo sobre Job*.—*Otro sobre la Epístola de S. Pablo a los Romanos*.—*Apostilla sobre toda la Escritura*.—*Un tomo de Mysteries Ecclesie*.—*Otro, Summa resolutionum*.—*Cuatro sobre los Sentenciarios de Pedro Lombardo*.—*Dos del Fructorum Vitiorum*.—*Un tratado de Sacramento Penitentiae*.—*Un tomo de Sermones varios*.—*Otro de Legibus*.—*Otro de Negligentia*.—*Otro de Concordantia*